

**MARÍA OLIVIA
MÖNCKEBERG**

**Karadima,
el señor de los infiernos**

DEBATE

Índice

Cubierta

Capítulo I. UN E-MAIL INESPERADO

Capítulo II. LA IGLESIA COLORADA

Capítulo III. EN AMBIENTE DICTATORIAL

Capítulo IV. EL DEMONIO Y EL SEMINARIO

Capítulo V. JUAN CARLOS Y EL TEJADO DE VIDRIO

Capítulo VI. CANTERA DE VOCACIONES

Capítulo VII. EL INFIERNO DE JIMMY HAMILTON

Capítulo VIII. MATRIMONIO INTERVENIDO

Capítulo IX. LA CARTA DE CONSUELO

Capítulo X. INVITADO A LOS DOCE AÑOS

Capítulo XI. EL «RECICLAJE» DE MURILLO

Capítulo XII. MONSEÑOR, SU GENIO Y SU ORO

Capítulo XIII. LA LIBERACIÓN DE PROCHASKA

Capítulo XIV. ACUSACIONES SACERDOTALES

Capítulo XV. LA MENTE DEL PERVERSO

Capítulo XVI. LA TRAMOYA DE LA PÍA UNIÓN

Capítulo XVII. DETRÁS DE LOS SILENCIOS

Capítulo XVIII. EN LA HORA DE LAS VÍCTIMAS

GRACIAS

Notas

Créditos

Acerca de Random House Mondadori CHILE

Morir sería aún más difícil si supiéramos que subsistimos,
pero obligados a guardar silencio.

ELIAS CANETTI, *LA PROVINCIA DEL HOMBRE*

Capítulo I

UN E-MAIL INESPERADO

Estimada María Olivia:

Sin duda debe ser una sorpresa el que le escriba pero en un ejercicio de asociación libre entre queridos recuerdos y derroteros de vida me he tomado esta libertad.

Me encantaría poder contactarla y conversar con usted acerca de vivencias que quisiera compartir.

Su búsqueda incesante de la verdad y la seriedad en su trabajo me dan la confianza para acudir a usted.

Muchos saludos y recuerdos,

JAMES HAMILTON SÁNCHEZ

No habría podido imaginar todo lo que vendría tras ese e-mail del 25 de marzo de 2010. El mensaje que llegó solo unas semanas después del terremoto, procedía de un pasado muy lejano, cargado de recuerdos. De amigos y gente cercana de épocas pretéritas. ¿Por qué me escribía?

Pensé que James quería saber algo de su propia historia o, mejor dicho, de la de sus padres, que yo tan bien conocía. De sus desencuentros y de la tragedia que afectó a su familia. Creí que podría preguntarme sobre los años jóvenes de su madre. De la separación de ellos... Casi medio siglo había pasado desde todo eso. Cuatro décadas hacía que no veía a ningún integrante de su familia. Les perdí la pista, inmersa en otros afanes. Solo sabía que este hijo mayor del abogado James Hamilton Donoso y de la paisajista Consuelo Sánchez Roig era un destacado médico cirujano. En efecto, la casilla del correo electrónico dejaba esa huella: «Doctor James Hamilton Sánchez».

Con cierta curiosidad mezclada con un lejano afecto por el niño que conocí desde la cuna y que de chico iba a los primeros cumpleaños de mis hijos, le respondí amistosamente, aunque el encuentro se atrasó. Intercambiamos más

correos y pactamos una conversación que al final se concretó tres semanas después.

El mismo lunes 12 de abril, horas antes de que yo le confirmara la reunión, me encontré en mi computador con un texto que no alcancé a procesar. No concluí entonces que el firmante de este nuevo correo electrónico era una de las principales víctimas de esta cruda historia de poder, sometimiento y abuso psicológico y sexual que estremecería a la Iglesia Católica chilena y al país entero:

Estimada María Olivia:

Quisiera darte algunos antecedentes previos. Durante veinte años participé en una parroquia de Santiago donde su cura párroco de manera sistemática abusó de muchas personas, de manera física y psicológica, las edades fluctúan entre los cincuenta y algo más y adolescentes actuales.

Ya al menos cuatro personas hemos hecho denuncias repetidas de los hechos ante la Iglesia y, como es costumbre, sin respuesta; sin embargo, a raíz de un proceso canónico de nulidad se inició una investigación paralela, que por motivos a detallar en nuestra conversación, siguió adelante. Son estos algunos de los motivos que han hecho que Bertone esté en Chile y que están generando una crisis de magnitudes al centro de la Iglesia.

En este momento existen decenas de personas afectadas y parte de la Conferencia Episcopal está involucrada en el círculo de protección.

Sé que es de no creer, pero ya hemos acumulado algunas pruebas y sobre todo los testimonios de personas honestas que necesitan que esto se detenga para sanar y liberar a otros.

Un abrazo y gracias,

JIMMY

James Hamilton Sánchez me esperaba en mi casa el lunes 12 de abril cuando llegué de la universidad. Afectuoso, se levantó a saludar apenas me vio entrar. Buenmozo, rubio, grandes ojos azules de mirada intensa, ese hombre alto y amable me recordó de inmediato al niño que conocí. En la actualidad, tiene cuarenta y cinco años, la misma edad de mi hijo mayor, con quien fue compañero de curso cuando entraron al colegio Saint George en 1971, el año siguiente al asesinato del general René Schneider y a la llegada de Salvador Allende al gobierno.

Su bisabuelo, Charles Hamilton, fue el fundador de ese colegio, que traspasó después a la Congregación de Santa Cruz, la Holy Cross. La misma de la que el sacerdote Fermín Donoso, quien en 2009 se hizo cargo de la investigación canónica de este caso, fue superior en Chile hasta hace pocos años.

Pero James Hamilton no continuó sus estudios en el Saint George. En medio de las tormentas familiares, él y su hermano Philip fueron trasladados a la Alianza Francesa, donde continuó la enseñanza básica y media. Ya egresado, estudió un año de Tecnología Médica y luego Medicina en la Universidad de Chile, donde se tituló en los ochenta.

«Yo fui abusado»

Esa tarde de abril, el doctor James Hamilton vestido de sport cargaba una mochila roja —en la que lleva su notebook— de la que no se suele desprender.

Desde el primer instante la conversación fue cordial. Me explicó por qué me había contactado. Era una mezcla —dijo— de esos recuerdos de su primera infancia, cuando me veía como amiga de sus padres, y de un aprecio profesional a la distancia. Le inspiraba confianza, me señaló. Puso su Blackberry en silencio, pero la miraba cada cierto rato. Cuatro pacientes operados entre ese día y el anterior podían requerir alguna consulta. Sin anestesia, el cirujano gás-

trico fue acercándose poco a poco a la confesión, motivo de su visita.

«Yo fui abusado... pertenecía a un movimiento religioso en una parroquia de Santiago y fui abusado por el cura», espetó. «De manera sistemática, abusó de muchas otras personas. Viví en ese infierno cerca de veinte años y no me atrevía a dejarlo.»

Quedé atónita. Mientras escuchaba sus primeras palabras de denuncia y la referencia al movimiento religioso en una parroquia de Santiago, una idea fugaz pasó por mi cabeza. Como un rayo, antes de que él lo pronunciara, se me cruzó el nombre del cura de El Bosque, del que tanto había escuchado hablar desde mi juventud. Tras recobrar el aliento, atiné a preguntar:

—¿Por qué no te atrevías a dejarlo?

—Por miedo...

—¿Quién es el abusador?

—Fernando Karadima.

Cuando Jimmy Hamilton lanzó el nombre, sentí una mezcla de estupor y coherencia. Desde el primer momento tuve una fuerte percepción de que la acusación tenía sentido.

Siendo estudiante de colegio, en varias ocasiones concurrí a la misa de las once o doce los domingos a esa iglesia colorada con su característico torreón. Otras tantas, pasé frente a su fachada o la divisé a lo lejos. Me tocó asistir después a matrimonios y ceremonias fúnebres, y desde hace décadas escuché versiones que con entusiasmo hablaban de la oratoria y el carisma del cura Karadima. Sobre todo entre la gente de derecha. Desde otra mirada, ya hacia fines de los sesenta se veía a esa iglesia como un enclave conservador, en tiempos en que los aires progresistas posteriores al Concilio Vaticano II impregnaban a la Iglesia Católica chilena.

Interesada en los nexos entre los movimientos religiosos y el poder económico y político, observé más adelante el crecimiento de ese grupo que llegó a manifestarse en la existencia de medio centenar de sacerdotes y cinco obispos integrantes de la Pía Unión del Sagrado Corazón. Así

es conocida la red sacerdotal constituida en torno a Fernando Karadima y la iglesia El Bosque, que tras el veredicto del Vaticano formulado por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 16 de enero y conocido el 18 de febrero, sería sometida a «visita apostólica», lo que equivale a una investigación especial.

Todos los miembros de la Pía Unión integran al clero diocesano y pertenecían —y pertenecen— a diversas parroquias de la Región Metropolitana. Algunos incluso tienen altos cargos en la curia. Este movimiento no tenía réplica en otros países como las demás congregaciones.

Más de alguna vez conversé con sacerdotes conocidos sobre este curioso movimiento distinto de otros grupos conservadores como el Opus Dei o los Legionarios de Cristo, pero que se percibía cada vez más fuerte en la Iglesia chilena o, más precisamente, santiaguina. Sin duda, Karadima era un personaje influyente desde hace muchos años, que proyectaba un innegable poder en la sociedad local. Y su fama como «forjador de vocaciones» llegaba hasta el Vaticano, donde tuvo los suficientes contactos para que sus discípulos fueran consagrados obispos.

Círculo de protección

El rostro de Jimmy Hamilton refleja una mezcla de impotencia y fuerza. Asegura que son muchas las personas que han sufrido de abuso físico y psicológico en las últimas cuatro décadas. Y por miedo seguramente no lo confesarán. Las víctimas serían desde niños de doce o quince años hasta hombres de algo más de cincuenta, reitera. «¡Y eso sigue ocurriendo hasta hoy!» Esto es posible, a su juicio, porque «un grupo influyente del episcopado está involucrado en el círculo de protección».

En esa primera oportunidad, Jimmy Hamilton me relató algunos escabrosos detalles de lo vivido mientras estaba «embruja-do» por el cura, aunque en esa conversación sur-

gieron solo algunos de los titulares de su dramática historia. Me habló del abuso experimentado, de su matrimonio dominado por el «director espiritual», que también absorbió bajo su influencia a su mujer, de su proceso de nulidad religiosa, de las denuncias y de sus inquietudes del presente.

Tras más de dos horas de conversación, quedé tan impactada que ni siquiera era capaz de hacer preguntas. Durante días y noches rondaban por mi cabeza todas las interrogantes que no formulé.

Los casi cuarenta años de experiencia periodística y los horrores conocidos en dictadura no fueron suficientes para atenuar la impresión que me provocó esta conversación. Era uno de los testimonios más brutales que me había tocado escuchar.

Aunque había leído sobre abusos sexuales de curas en diferentes países, era distinto saber que estas cosas ocurrían aquí en Chile, en Santiago, en la tradicional parroquia de El Bosque. Y que una persona que está sentada frente a ti, a quien conociste de niño, haya sido ¡durante veinte años! víctima de abusos por parte de un poderoso cura que dentro de los círculos católicos era admirado y entre sus amigos proclamado «santo», con cientos de seguidores... Que este personaje fuera a la vez el principal impulsor de «vocaciones religiosas» en el país, en tiempos en que estas habían menguado en forma considerable... Todo era inaudito.

El gran predicador, el carismático y convincente orador, el famosísimo sacerdote forjador de obispos y de medio centenar de curas, el que abogaba por una moral rígida, era un hombre de doble vida, un abusador.

¿Dudas? Debo reconocer que no las tuve. Desde aquel primer momento en que conversé con Jimmy Hamilton sentí que mi interlocutor era veraz. Su tono de voz y su forma de mirar directo a los ojos. La expresión corporal, el movimiento de sus manos y los gestos que acompañan su hablar. La emoción y la firmeza, todo a la vez hacía verosímil el insólito relato. Las preguntas y las contrapreguntas

que fui haciendo en las sucesivas conversaciones que tuvimos me llevaron a la convicción de que decía la verdad. ¿Con qué fin alguien podría aparecer con una historia de esta índole? El doctor James Hamilton, un médico prestigioso, padre de tres hijos, con una buena posición económica y respetado en su medio, solo podría tener mucho que perder y nada que ganar en lo personal con este brutal testimonio.

Después fui conociendo a los otros acusadores y a una serie de personas con las que he conversado directamente, con muchos de ellos más de una vez. Tras los chequeos y verificaciones de antecedentes, no he percibido ni detectado mentiras, contradicciones ni exageraciones. Solo las voces —cada vez menos y con menos fuerza— de los defensores más cercanos al ex cura párroco de El Bosque, sostienen que los hechos denunciados nunca ocurrieron. Y que todo sería una maquinación o una versión antojadiza motivada por extraños fundamentos.

Las semanas y los meses de investigación periodística, y el seguimiento de los pasos dados por el fiscal regional Xavier Armendáriz, así como las indagaciones canónicas, respaldaban esta percepción inicial después de conocer los testimonios de las víctimas.

Historia de mentiras y abusos

Ya antes de conocer el fallo del Vaticano, al leer, revisar, cruzar y analizar los testimonios entregados a la justicia civil y algunos documentos vinculados a la causa religiosa que han logrado traspasar las cortinas del silencio eclesial, mi conclusión era nítida: Karadima es un personaje perverso que hizo de su vida sacerdotal una historia de mentiras y abusos. Las víctimas son muchas y los daños que les ha provocado, profundos. Todo apuntaba en la misma línea. Salvo, claro, cuestiones jurídicas que aparecían más bien formales, como la eventual prescripción de los hechos de-

nunciados por haber sucedido en tiempo pasado. O el precipitado cierre del proceso por parte del juez suplente del Décimo Juzgado del Crimen, Leonardo Valdivieso, sin que siquiera aceptara carear a Karadima con los acusadores. O las tensiones internas, dudas y demoras que tuvo la jerarquía de la Iglesia Católica para investigar y dar a conocer el resultado de sus investigaciones.

Hubo signos elocuentes que fueron dando progresivamente más respaldo a las denuncias iniciales: el testimonio del canciller del Arzobispado, Hans Kast, ex integrante de la Pía Unión de El Bosque, que marcó un hito en la investigación del fiscal Xavier Armendáriz; las declaraciones de otros sacerdotes, como Eugenio de la Fuente, anterior vicario de la parroquia El Bosque, y los hermanos Andrés y Fernando Ferrada, integrantes de la Pía Unión; la división generada dentro de esa organización sacerdotal; la posterior intervención de la parroquia y de la asociación por parte del Arzobispado de Santiago, mientras el ex cardenal Francisco Javier Errázuriz —después de casi siete años— enviaba en 2010 los antecedentes sobre Karadima al Vaticano; el desenlace del juicio de nulidad matrimonial de James Hamilton que consideró atendible el argumento del «abuso por parte de su director espiritual». Todo eso formaba una cadena de hechos irrefutables. Un puzle donde todo encajaba.

Y cuando ya los querellantes parecían perder la paciencia y la esperanza ante la justicia antigua, tras el sobreseimiento decretado por parte del joven juez Leonardo Valdivieso en noviembre de 2010, apareció, en pleno febrero recién pasado, la voz de María Loreto Gutiérrez, la fiscal de la Corte de Apelaciones, que en la misma línea argumental de Xavier Armendáriz recomendaba a la Corte de Apelaciones proseguir la investigación en la justicia criminal.

El informe de la fiscal solicitaba todo lo que hasta ese momento se le había negado al fiscal regional cuando debió dejar sus indagaciones.

Tras un concienzudo análisis de la documentación, María Loreto Gutiérrez planteó a la Corte una amplia serie de ca-

torce diligencias que incluyen acceso al proceso de la Iglesia, nuevos interrogatorios, careos, citaciones al tribunal para los obispos de la Pía Unión y al abogado del defensor Juan Pablo Bulnes, y hasta pedir a la brigada de delitos sexuales de la Policía de Investigaciones (PDI) que tome cartas en el asunto. En otras palabras, la rapidez del sobreesamiento dictaminado por Valdivieso, que parecía ser uno de los pocos signos contradictorios en un caso que cada vez tomaba más cuerpo, quedaba en entredicho dentro de la propia Corte.

Pero la gran sorpresa vino a la semana siguiente, cuando en conferencia de prensa el 18 de febrero de 2011, el nuevo arzobispo de Santiago, Ricardo Ezzati, con voz solemne y acento italiano, leyó el fallo del Vaticano: «Sobre la base de las pruebas adquiridas, el reverendo Fernando Karadima Fariña es culpable de los delitos mencionados en precedencia, y en modo particular, del delito de abuso de menor en contra de más víctimas, del delito contra el sexto precepto del Decálogo cometido con violencia, y de abuso de ministerio a norma canon 1389 del CIC [Catecismo de la Iglesia Católica]».

Más adelante, Ezzati indicó que «en consideración a la edad y del estado de salud del reverendo Fernando Karadima Fariña se considera oportuno imponer al inculpado retirarse a una vida de oración y de penitencia, también en reparación a las víctimas de abusos». Puntualizó también que el arzobispo de Santiago evaluaría el lugar de residencia «dentro o fuera de la diócesis, de tal modo de evitar absolutamente el contacto con sus ex parroquianos o con miembros de la Unión Sacerdotal o con personas que se hayan dirigido espiritualmente por él».

El arzobispo Ezzati especificó, asimismo, que se imponía a Karadima «la pena expiatoria de prohibición perpetua del ejercicio público de cualquier acto de ministerio, en particular la confesión y la dirección espiritual de toda categoría de personas». Además se le impuso la «prohibición de asumir cualquier encargo en la Unión Sacerdotal del Sagrado Corazón». Y advirtió el arzobispo que «en caso de no ob-

servar las medidas indicadas, el inculpado podría recibir penas más graves, no excluida la dimisión del estado clerical».

Aunque Karadima siga negando todo, pocos argumentos le quedan incluso a sus más fanáticos y fieles seguidores para continuar defendiendo su inocencia. La apelación que decidieron presentar parece poco más que un «saludo a la bandera» en esta hora de la verdad.

La visita de Bertone

Ese lunes de abril, cuando sostuve la primera de una larga serie de conversaciones con James Hamilton, estaba en Chile el secretario de Estado del Vaticano Tarcisio Bertone¹. El día antes, Bertone había pronunciado las quemantes palabras que daban vuelta al mundo, al relacionar la pedofilia con la homosexualidad, en medio de las denuncias sobre abusos de curas en diferentes partes de Europa y Estados Unidos. «Han demostrado muchos psicólogos, muchos siquiátras, que no hay relación entre celibato y pedofilia, pero muchos otros han demostrado, y me han dicho recientemente, que hay relación entre homosexualidad y pedofilia. Esto es verdad, este es el problema», sentenció Bertone, el hombre más importante del Papado después de Benedicto XVI, en conferencia de prensa en Santiago².

Mientras sus afirmaciones eran rebatidas por amplios sectores tanto en Chile como en Europa, sus dichos eran relativizados incluso en diversos sectores de la Iglesia Católica que, sumida en la ola de denuncias en el mundo, tenía que admitir que la relación efectuada por el secretario de Estado había sido desafortunada.

Según James Hamilton, uno de los motivos principales de la visita de Bertone habrían sido las acusaciones que pesaban sobre Fernando Karadima. El médico había denunciado en 2009 el abuso por parte de su director espiritual como causal en el juicio de su nulidad de matrimonio reli-

gioso. Esto se sumaba a las denuncias efectuadas ante la Iglesia por su ex mujer Verónica Miranda, por el mismo Hamilton, por Juan Carlos Cruz y antes por José Andrés Muriello.

El caso Karadima explotó en Chile cuando el escenario internacional estaba cargado de acusaciones por abusos de sacerdotes católicos y cuando desde la cúpula romana se empezaban a pronunciar palabras de sentencia seguidas de algún *mea culpa* en un tono diferente al «histórico». Se anunciaban nuevas formas de encarar los abusos, con más preocupación por las víctimas.

Inquietud en el Vaticano

Los ánimos estaban sensibles. El caso del fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel, y su escandalosa doble vida ocultada por años, había despertado interés en Chile, donde esa congregación mantiene colegios, una universidad y estrechas conexiones con el empresariado y sectores políticos de derecha. Al entonces arzobispo de Concepción y vicepresidente de la Conferencia Episcopal, el salesiano Ricardo Ezzati, le había caído la responsabilidad, encomendada por Roma, de ser uno de los investigadores del caso del cura mexicano.

Poco a poco —globalización mediante— se abrían las compuertas del secretismo de la Iglesia Católica y las experiencias ocurridas en otros lugares eran conocidas en Chile. Acusaciones y reacciones corrían por el mundo en forma instantánea.

El año 2010 se había iniciado con la manifestación de una fuerte preocupación del Vaticano por los abusos de sacerdotes en distintos países. La ola de denuncias ocurrida en Estados Unidos y después en Irlanda, Alemania, España, Austria, Holanda y Bélgica, llevó al Vaticano a difundir por primera vez un documento en el que modificó sus directrices sobre el tratamiento de estas situaciones.